

FRANCIA Y LA UNION FRANCESA (*)

Por el Profesor Robert Weibel Richard, Consejero Cultural de la Embajada de Francia.

1. — Ante todo quisiera agradecer la invitación de la Escuela Superior de Guerra: constituye para mí un motivo de honra, pero también, debo confesarlo, una causa de inquietud, ya que hablar con medida y exactitud de su propio país y de su propio pueblo es siempre difícil, y lo es aún más ante un auditorio tan preparado.

Consciente, pues, de la complejidad y de los peligros de mi cometido pondré, al cumplirlo, sino muchos conocimientos e información amplia, por lo menos exactitud, sinceridad y, también, un poco de reflexión.

La superficialidad de los juicios me parece, en efecto, uno de los grandes males de nuestro tiempo. Lo actual tiene raíces profundas y no puede ser interpretado correctamente si se prescinde de ellas. Pero vivimos en la era del telegrama de prensa y del "reportaje". No quisiera malquistarme con mis amigos periodistas, aunque ellos mismos conocen bien las exigencias de su profesión: hay que sorprender la atención del lector, hay que destacar las noticias. Todos los días miles de aviones, por ejemplo, cumplen largos cruceros con toda felicidad: el diario señala solamente las catástrofes aéreas. Todos los días millones de obreros trabajan normalmente en las fábricas: el diario subraya únicamente las huelgas. Y así, por el imperativo de la información misma, el lector alejado de un país, lo imagina en perpetuo desorden. El sudamericano concibe una Europa atribulada que se debate en la miseria, el hambre, las crisis políticas, los conflictos sociales. El euro-

(*) Conferencia pronunciada en la Escuela Superior de Guerra.

peo opina que los países sudamericanos están continuamente convulsionados por revoluciones y cuartelazos.

Además, el periodista que recorre un país busca el color pintoresco, la nota sorprendente. Si va a Francia, por ejemplo, se detiene más en los sótanos existencialistas de Saint Germain des Près que en las Universidades, en los laboratorios, en los lugares donde se crea y se trabaja. El casamiento de una joven novelista, el duelo de un bailarín, los encantos —muy reales por cierto— de una nueva estrella de cine, la última moda de los vestidos femeninos, pasan así al primer plano de la actualidad.

2. — Tratemos, pues, de mirar a la Francia de hoy, a su pueblo, a su civilización en su realidad, en su totalidad, en su profundidad. La Francia de hoy no puede considerarse como una capa superficial que cubriría lo que ha sido, en otros tiempos, Francia: es la continuación, el producto del pasado; es el mismo pueblo de siempre colocado en condiciones nuevas y rodeado por circunstancias nuevas. Un juicio acertado sobre lo presente debe, pues, tomar en cuenta la historia en su más amplia perspectiva. La humanidad, dijo Augusto Comte, está formada por mucho mayor número de muertos que de seres vivientes. En ese sentido, todos somos, en primer lugar herederos. Y el pasado mismo de los franceses ha sido determinado por la ubicación, la estructura, los caracteres del país que, desde hace muchos siglos, se llama Francia.

3. — Una simple mirada sobre un mapa nos enseña muchas cosas acerca de esa nación y de su destino, pasado y actual. Francia es, en el Occidente de Europa, el único país situado en un istmo entre el Mediterráneo y el Atlántico, quiere decir, sobre un istmo fácil de cruzar, sin obstáculos naturales. Es la **encrucijada del Occidente**, el lazo de unión entre las península itálica y los países nórdicos, entre la península ibérica y los países sitos más allá del Rin.

Su relieve es mediano, ofrece llanuras y valles que permiten circular de una región a otra. Desde la antigüedad, pues, todas las corrientes de migraciones, de invasiones, de

mercaderías y de ideas, han pasado por ese país. Pero no ha sido solamente un lugar de paso, una vía de acceso a otras comarcas. Su clima equilibrado y la fertilidad de su suelo determinaron fijaciones humanas muy antiguas. Encontramos en Francia un antiquísimo fondo de población, que ya existía en los tiempos prehistóricos, anterior, pues, a los Galos, que ha seguido en su sitio, generación tras generación, población que ya en esos tiempos remotos era producto de una mezcla de razas, y a la que se han incorporado, a través de los siglos, nuevos aportes étnicos: celtas, ligures, romanos, germanos, normandos, eslavos sarracenos, "negra mermelada", como ha dicho Paul Claudel. Esa inmigración nunca se ha detenido, y hoy Francia es un crisol donde se absorben a italianos, polacos, norafricanos, sin ningún peligro de ver desvirtuarse su fisonomía propia. Por eso los franceses constituyen, más que un pueblo latino, una nación occidental.

4. — La situación geográfica de Francia explica no solamente su formación étnica, sino también la notable continuidad de su papel histórico. País mediterráneo, pudo participar activamente en la civilización antigua. Cuando el eje de la historia se desplazó del Mediterráneo al Atlántico, Francia, que tenía amplia fachada sobre el Océano, pudo proseguir su marcha, sin interrupción y sin eclipse. No cabría en los límites de esta charla, analizar, aún brevemente, ese continuo aporte a la civilización occidental. Pero conviene tener presente lo que acabo de recordar, como una tela de fondo sobre la cual se destaca la fisonomía del pueblo francés de hoy.

5. — Podemos, ahora, apartar, creo, una primera interpretación —por cierto muy difundida— de los franceses de hoy. Se los pinta a menudo como herederos de un gran pasado, pero disminuídos y decadentes. Es muy cierto que, frente a las enormes potencias que dominan el mundo presente, Francia no tiene el mismo peso relativo que en los tiempos de Luis XIV. Pero no se trata de eso. Se trata del valor propio de los franceses, de su carácter, de su espíritu, de su mentalidad, de sus hábitos. Serían, dicen, hombres equilibrados, razonables, cultos, pero sin profundidad. Ignorarían las grandes in-

quietudes del alma. Habrían llevado hasta un punto extraordinario el arte refinado de vivir, pero desechado las virtudes mayores. Cuantas veces he oído a amigos bien intencionados hacer el elogio de esa "dulce Francia", de esa Francia del buen gusto, de las elegancias, de las industrias de lujo: alta costura, perfumes, vinos, cocina, de la Francia de los teatros, exposiciones de arte, de los museos, de esa Francia de los paisajes moderados, de las ideas medianas, de la vida equilibrada. Todo eso existe, en efecto, y merece sin duda ser apreciado y aún alabado. Pero, señores, no es más que un aspecto de la Francia de ayer y de la Francia de hoy.

La extraordinaria irradiación en el mundo, desde el siglo XVIII, de cierto estilo de vida propiamente francés, explica ese concepto harto limitado. En el siglo XVIII, Prusia, Rusia, toda Europa, han adoptado los gustos, las modas y los modales, el "savoir vivre" de Francia, y, en el siglo XIX, ese contagio se ha extendido a los jóvenes países americanos. Al principio de nuestro siglo, algunos autores muy difundidos, como Anatole France o Paul Bourget y, más cerca de nosotros, escritores como Paul Morand o Jean Giraudoux, y aún Pierre Daninos en sus "Cuadernos del Mayor Thompson", han contribuido a fijar los rasgos de una Francia deliciosa, pero sin grandes alturas, de una Francia aburguesada, con sus novelas, sus obras de teatro y sus films cuyo tema central es el eterno triángulo, con sus millones de "Français moyens" que no viajan nunca, que ignoran la geografía, que viven de tradiciones rutinarias, que tienen, como dijo André Siegfried, el corazón a la izquierda, pero la billetera a la derecha, esos franceses a quienes les gusta todo lo pequeño, lo "petit", cuyos diarios se llaman (o más bien se llamaban, ya que han desaparecido desde la Liberación) le "Petit Journal", "Le Petit Parisien", "La Petite Gironde", esa Francia donde el gobierno tiene por principal tarea proteger la "petite épargne" (el ahorro pequeño), a los "petits pozteurs" (los pequeños accionistas), los "petits paysans", los "petits commerçants" y los "petits fonctionnaires",

Todo eso, lo repito, existe en Francia, y constituye, en

parte, la substancia de su pueblo. No hay que desdeñarlo: le confiere una solidez, una estabilidad muy grande, que ha hecho decir a Paul Morand que Francia es la China de la Europa occidental. Pero no es todo. No lo es para Francia, y, según parece, tampoco lo es para China.

6. — Porque esa Francia del francés mediano, ese país del equilibrio y de la razón, es también el país de las grandes empresas del espíritu y de la técnica, país de aventuras y de creaciones.

Lo ha sido siempre y lo es todavía. Cuando, en tiempos de la tercera república burguesa, se difundía la fisonomía típica del francés que acabo de evocar, durante los mismos años, miles de franceses se lanzaban a la extraordinaria aventura que dió a su país el segundo imperio colonial del mundo, fundamento de lo que es hoy la Unión Francesa, y, en otro plano, Francia producía sabios, médicos, inventores, cuya obra alcanzaba repercusión universal, era la cuna de la aviación, del automovilismo, y revolucionaba también la pintura con Cézanne y luego con el cubismo, la escultura con Rodin y Bourdelle, la arquitectura con Perret y Le Corbusier, la técnica con Lesseps y Eiffel.

7. — Pero Francia se ha visto envuelta en dos tremendas guerras mundiales. En la primera, tuvo que soportar, de 1914 a 1918, durante más de cuatro años, casi todo el peso del conflicto. Salió victoriosa, pero desangrada, con un millón y medio de muertos y otros tantos inválidos. Sin embargo, los veinte años que siguieron a esa primera conflagración, de 1919 a 1939, han sido excepcionalmente ricos en producciones del espíritu, mientras poco a poco se renovaba una economía que la lucha había agotado. Entonces se desencadenó la segunda guerra mundial y Francia fué nuevamente devastada. Se desconoce demasiado lo que esa contienda lo costó. Se ignora que, entre muertos en los combates, en los bombardeos, en la resistencia, en los campos de concentración, Francia ha perdido, de 1939 a 1945, mayor número de hombres que Estados Unidos. Si se añade que ha sido totalmente vaciada de sus recursos, de sus equipos industriales, que una cuarta parte

de sus casas han sido dañadas, que, en 1945, no quedaba vía férrea, canal, puente o puerto intactos, que varios millones de franceses fueron durante años prisioneros o trabajadores forzados en Alemania, es dable pensar que, después de la primera sangría de 1914-1918, esa segunda catástrofe había reducido Francia a un nivel de vida y de actividad definitivamente secundario.

8. — Ahora bien, miles de hechos prueban que ese país y ese pueblo no solamente se han recuperado, sino que ofrecen el espectáculo de un rejuvenecimiento verdaderamente asombroso.

Sí, señores, Francia, ese país tan viejo, ese pueblo cansado de siglos, es un país joven.

Lo es, primero, por su juventud. Quiero decir que la juventud desempeña en la Francia de hoy un papel mucho más importante que en la de ayer. Esa juventud ha tenido una dura escuela. Ha crecido en la noche y en las penurias de la ocupación enemiga; ha conocido el hambre, el frío, la humillación, el terror. Es muy comprensible que muchos jóvenes no hayan resistido prueba tan aciaga. De ahí los casos de desmoralización alrededor de los cuales se han hecho novelas, obras teatrales y films. Pero esa misma juventud ha adquirido, durante esos terribles años, una madurez, un sentido de responsabilidad, una voluntad de vivir, que son mucho más importantes para humanidad que aquellos desfallecimientos aislados.

9. — Francia es joven, además, por su renovada vitalidad. Nada más infiel a la realidad que el cuadro pretendidamente típico del matrimonio francés sin hijos, o con un solo hijo. El índice de natalidad ha subido en estos últimos años con una rapidez extraordinaria. Ese fenómeno podía aparecer, al principio, entre 1946 y 1950, como una natural compensación de las pérdidas experimentadas durante la guerra, ley biológica muy conocida. Pero los años pasan y el ritmo demográfico sigue en ascenso. Durante el último año la población aumentó en 435.000 personas, alcanzando la cifra record de 44.289.000 habitantes. Hubo 305.000 casamientos y 805.000

nacimientos. Y la mortalidad infantil, que era de 66 por mil en 1938, ha sido, por primera vez, inferior al 30 por mil.

Ese desarrollo se debe en parte a una notable legislación de subsidios familiares —son, con los de Italia, los más altos del mundo— que permite a los matrimonios tener mayor número de hijos a pesar de las dificultades de la vida; pero, sobre todo, se explica por el nuevo ideal de los jóvenes. En ese mundo inseguro, amenazado, renuncian a los cálculos complicados que hacían sus padres, se casan y tienen hijos. Casi todas las mujeres trabajan a la par de los hombres, pero esa igualdad de condiciones ha desarrollado entre marido y mujer un compañerismo muy fuerte. Ese crecimiento crea, claro está, ingentes problemas: con relación al conjunto de la población, la juventud pesa cada vez más. Este año, de cada cinco franceses, uno está en la escuela. No alcanzan los locales, los maestros, los profesores. Francia es hoy un pueblo al servicio de su juventud. Ha forjado ese “capital-juventud” lentamente. Ha extendido y completado incensantemente su legislación social: los gastos de seguros sociales representan el 12 % de la renta nacional. Es una carga pesada para el presupuesto. Pero al jugar la carta de la juventud, Francia subordina la facilidad de hoy a las promesas del mañana.

10. — Francia es joven también por su renovado espíritu de empresa, renovación que se expresa en el arte —París sigue siendo el laboratorio de las más audaces experiencias estéticas— y, con igual o mayor fuerza, en el plano de la ciencia y de la técnica. No necesito recordar con que rapidez se han reconstruido los puentes, restablecido las vías férreas, liberado los puertos y los canales, ni puedo aquí trazar un cuadro de los progresos alcanzados. Daré solamente algunos ejemplos. Así, esas locomotoras eléctricas, que alcanzan la velocidad record de 331 kms. por hora, lo que les permite remolcar los trenes más rápidos del mundo como el “Mistral”, que enlaza París con Lyon, a un promedio horario de 128 kms. Así, el avión bi-reactor para distancias medias “Caravelle”, una de las realizaciones más originales y perfectas de la hora actual; así el helicóptero “Alouette”, record mundial de altura. Así,

el "Atar Volante", aparato de retropropulsión sin alas que despega verticalmente. Así el camión Berliet Sahara, de 600 caballos, mastodonte que pesa cargado 120 toneladas y rueda sobre la arena sin hundirse. Así el último coche Citroën, la DS19, con un sistema revolucionario de suspensión y de "cerebro dirigido" que le asegura un extraordinario adelanto en la industria del automóvil. Podría multiplicar tales ejemplos: El Havre posee el muelle más largo del mundo hecho de una sola tirada (1.500 metros); el puente levadizo de Brest es el más alto y más largo de Europa; el puente colgante de Tancarville, el más largo del continente; el teleférico de la Aiguille du Midi, en los Alpes, es el más alto del mundo y su cabina lleva a 45 personas pendientes de un cable lanzado sobre el vacío, sin ningún apoyo en un trayecto de 2900 metros. Otras pruebas son, en los ferrocarriles, las sorprendentes realizaciones que se han obtenido por medio de la cibernética, verdaderas anticipaciones del mundo de mañana, como los trenes automáticos guiados a distancia en la línea París-Le Mans, el funcionamiento teledirigido de la línea París-Lyon, el equipo electrónico del Orient-Express, etc.... En los siete últimos años, la renta nacional francesa ha aumentado en un 31 %, incremento sólo comparable con el de Estados Unidos. En la industria del automóvil, la producción, al pasar de 224.400 coches en 1938 a 827.000 en 1956, llega a ser la cuarta del mundo; Air-France, con los 280.000 kms. de sus líneas, posee la red comercial más extensa del globo; la industria aeronáutica francesa ocupa el cuarto lugar en la competición mundial, detrás de Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña; de 1956 a 1957 la construcción naval francesa ha crecido en más de 50 %. Podría alinear datos y cifras, hablar de la fabricación de aparatos eléctricos y radioeléctricos; de las máquinas herramientas; de la extraordinaria capacidad francesa en el campo de la electrónica; de la modernización de la agricultura; del desarrollo y de las perspectivas de la producción y de las investigaciones petroleras; de las extracciones de carbón, que pasan de 35 millones de toneladas en 1945 a 57 millones en 1956, año en que los 144.000 mineros

de Francia baten el record mundial de rendimiento con una extracción individual diaria de 1.662 kilos; de la energía hidroeléctrica, capítulo en el cual Francia ostenta varios records mundiales; y de las realizaciones en los campos de las nuevas energías: energía atómica, energía solar, energía mareomotriz, etc... Podría enumerar también las muchas obras que realizan técnicos franceses en varios países.

Sobre este punto me limitaré a dos observaciones que revisten, creo, cierto interés para nuestros amigos argentinos. La primera es que, para mantener ese ritmo acelerado de elevación técnica, los franceses deben utilizar con suma prudencia sus recursos en capitales, en materias primas, en máquinas, en personal capacitado y en mano de obra. Deben buscar siempre los métodos más económicos, que aseguren el mayor rendimiento con el menor gasto. Esa preocupación confiere a la técnica francesa un gran valor para países donde, como en la Argentina, los problemas se plantean en análogos términos. La segunda observación es que, si se toma en cuenta no sólo el territorio metropolitano de Francia, sino la inmensa diversidad de los países que integran la Unión Francesa, casi todos los problemas técnicos que debe resolver un país como la Argentina, en su vasta extensión, existen también para los franceses y han recibido a menudo allí soluciones que podrían adaptarse aquí.

11. — Pero frente a ese cuadro, conviene analizar un hecho que puede sorprender. ¿Cómo explicar, en efecto, que este país, con características demográficas tan promisorias, con una industria de realizaciones tan prestigiosa, con una agricultura que se desarrolla y se moderniza, padezca de graves crisis financieras y experimente tan serio desequilibrio en sus intercambios comerciales?

Por extraño que parezca, son precisamente el aumento de la natalidad y el progreso de la producción industrial, las causas de las crisis de crecimiento que Francia padece actualmente. En 1957 ha tenido que dar instrucción a 300.000 niños más que en 1956, y este año el aumento de los escolares es de 357.000.

Esta juventud, reserva valiosa para el porvenir, es una pesada carga en el presente.

El aumento incesante de la producción industrial entraña un consumo cada vez mayor de carbón, de petróleo y de electricidad. A pesar de todos los esfuerzos realizados en ese aspecto, los recursos energéticos del país son insuficientes. En 1956, Francia tuvo que importar 20 millones de toneladas de carbón y 20 millones de toneladas de petróleo, lo que representa el 41 % de la energía que necesita. Esa carencia es la causa esencial del déficit de su balanza comercial.

Además, pesa sobre el presupuesto francés la carga de las considerables inversiones efectuadas desde hace diez años:

- en la Metrópoli, para recuperar el retraso de la industria y levantar las ruinas de las dos guerras;
- en los territorios de ultramar, para valorizarlos, equiparlos económicamente y elevar el nivel de vida de sus poblaciones.

Francia ha invertido, en efecto, en diez años 4.800 millones de dólares en los territorios de ultramar. Para apreciar la importancia de ese esfuerzo basta indicar que, en ese mismo período, el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento ha concedido al conjunto de los países subdesarrollados del mundo, préstamos que ascienden a 2.800 millones de dólares.

Francia superará esa etapa de desequilibrio en cuanto su juventud entre en el campo de la producción y en cuanto su producción energética, que crece rápidamente, alcance el nivel de su consumo.

12. — Pero ya es tiempo de considerar ese vasto conjunto de tierras y pueblos que constituyen la Unión Francesa.

Ante todo quisiera subrayar que, si bien existen franceses que siguen todavía aferrados a la mentalidad "colonialista", se puede afirmar que los conceptos, nociones y comportamiento que implica esa mentalidad retrógada representan excepciones y no responden a las ideas del gobierno, ni de la opi-

nión pública, ni de los franceses que viven en los territorios de ultramar.

La expresión misma de Unión Francesa, inscrita en el preámbulo de la constitución, traduce un espíritu nuevo con relación a las viejas doctrinas imperialistas. “Francia, dice la Constitución, forma con los pueblos de ultramar una Unión fundada en la igualdad de los derechos y de los deberes, sin distinción de raza ni de religión”.

“La Unión Francesa está compuesta por naciones y pueblos que ponen en común o coordinan sus recursos y sus esfuerzos para desarrollar su civilización respectiva, acrecer su bienestar y proteger su seguridad”.

“Fiel a su misión tradicional, Francia entiende llevar a los pueblos cuya carga le incumbe, hacia la libertad de administrarse por sí mismos y de regir democráticamente sus propios asuntos, desechando todo sistema de colonización fundado en la arbitrariedad. Garantiza a todos la igualdad de acceso a las funciones públicas y el ejercicio individual o colectivo de derechos y libertades proclamados o confirmados en la presente constitución”.

La Unión Francesa comprende, por una parte, la República Francesa y, por otra, los territorios y estados asociados. La República Francesa incluye el territorio metropolitano, Argelia, los distritos (“départaments”) de Guadalupe, Martinica, Guayana y Reunión; todos asimilados por su estructura administrativa y política a la Francia metropolitana; los territorios de ultramar: las islas de Saint Pierre y Miquelon, último vestigio del Canadá francés; en Africa, el Africa Occidental, el Africa Ecuatorial, la costa de Somalía, Madagascar y territorios australes y antárticos, el archipiélago de Comores; en Oceanía, el archipiélago de Nueva Caledonia y cinco otros archipiélagos menores.

Los territorios y Estados asociados son el Togo y el Camerún, en Africa, y el reino del Laos, en Indochina. El Vietnam y el Cambodgia han recuperado su total independencia, así

como Marruecos y Túnez, estos dos últimos quedando asociados a Francia por una simple declaración de "interdependencia".

Ese enorme y variado conjunto agrupa unos cincuenta millones de habitantes. Su organización se asemeja a la del "Commonwealth" británico. El Presidente de la República es Presidente de la Unión Francesa y representa sus intereses permanentes. Lo asiste un Alto Consejo de la Unión. Todos los habitantes de la República, en los territorios de ultramar, son ciudadanos franceses (no así, claro está, los de los Estados Asociados, que tienen su propia nacionalidad). La antigua distinción entre "ciudadanos" y "súbditos", ha quedado abolida. Los ciudadanos franceses de ultramar tienen 73 diputados en la Asamblea Nacional y 60 Senadores en el Consejo de la República.

La Unión Francesa dispone, además, de un Consejo de 240 miembros, cuya sede está en Versalles. Ese Consejo es una asamblea consultiva. Además, cada departamento o territorio tiene sus asambleas locales, asambleas a las que la reciente "loi-cadre" (ley de estructura), aplicada en los territorios de Africa Negra, acaba de dar una extensa competencia, instaurando además consejos de gobierno y ministerios autónomos que marcan una etapa decisiva hacia la independencia dentro de la Unión Francesa.

Los problemas que plantea la Unión Francesa son muy complejos y el tiempo no me permite analizarlos en detalle, como lo hubiera deseado.

Debo limitarme a unas pocas observaciones:

a) Conviene distinguir, primero, las viejas colonias, unidas al destino de Francia desde los siglos XVI o XVII y que hoy son, en la conciencia misma de sus habitantes, totalmente francesas. Quiero decir que un negro o un mestizo de la Martinica, por ejemplo, no solamente es ciudadano francés, sino que se considera a sí mismo tan francés como un Bretón, un Gascón o un Provenzal de la Francia metropolitana. Y los consideramos así. Y por eso vemos que un hombre de color preside en París el Senado y otro hombre de color es ministro de Salud Pública.

b) En los territorios de Africa Negra, la evolución es muy rápida y la última ley de estructura ha abierto, como lo decía, una nueva era para sus poblaciones.

c) La antigua noción de “colonia” ha desaparecido para siempre y es substituída por la noción, cada vez más clara, de los intereses comunes. Creer que Francia “explota” a esos territorios es totalmente equivocado. No solamente Francia les aporta una asistencia económica y técnica que representa para ella un pesado sacrificio (he dado hace un momento dos cifras: en diez años les ha consagrado 4.800 millones de dólares, mientras las Naciones Unidas, por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, han acordado, a todos los países subdesarrollados del mundo, en el mismo período, 2.800 millones), no solamente les ha asegurado, por su presencia, por su acción en el campo de la higiene, de la asistencia social, de la educación, un nivel de vida y un desarrollo demográfico que se elevan sin cesar, sino que, abandonando los viejos métodos de “asimilación”, se esfuerza por despertar y acentuar la personalidad étnica de cada pueblo. Las poblaciones le deben así la conciencia cada vez más clara de su propio valer y de su peculiaridad.

d) Además, en la etapa actual de la evolución humana, la noción de independencia —no hablo de soberanía— se vuelve muy compleja. Esos pueblos ahora asociados con Francia, si quedaran totalmente dueños de sí mismos, no podrían subsistir sin integrarse en otros sistemas de naciones, quizás menos desinteresadas que mi país. Y eso no es cierto solamente para Africa Negra; lo es también para naciones más evolucionadas, ya soberanas, como Marruecos y Túnez. Las dificultades políticas del gobierno francés con estos países no deben engañarnos. Túnez y sobre todo Marruecos, saben que la asociación con Francia, la convergencia de esfuerzos y recursos, constituyen el mejor camino hacia un porvenir seguro y próspero. Y el Sultán de Marruecos elabora su plan de desarrollo educacional, técnico y económico con Consejeros, profesores y especialistas franceses.

e) Permítanme decir ahora dos palabras del terrible drama argelino. Entiendo bien que resulte difícil comprender porqué Francia niega la independencia al pueblo argelino. Pero el problema no es ese. Podría recordar que, cuando vinieron los franceses en 1830, no existía ningún Estado Argelino, sino un feudalismo vetusto e impotente, bajo el dominio nominal y lejano de los turcos. Argelia contaba entonces con un millón de habitantes, que vivían en la mayor miseria y padecían una mortalidad tremenda. Hoy Argelia cuenta con casi diez millones de habitantes y su población crece a un ritmo vertiginoso. Ningún país árabe puede equipararse con ella en cuanto a nivel de vida, higiene, equipo hospitalario, régimen de enseñanza.

Se debe considerar también que en Argelia no vive un pueblo, sino varios pueblos: los árabes, los bereberes puros, los bereberes-árabes, los judíos, los franceses. Por franceses quiero decir los descendientes de franceses, que suman hoy más de un millón. Casi todos han nacido en Argelia, son hijos, nietos, a menudo bisnietos o tataranietos de franco-argelinos. Se consideran tan argelinos como aquí los descendientes de inmigrantes españoles o italianos se consideran argentinos.

Ahora bien, Francia debe allí hacer frente a una rebelión la que responde solamente una minoría de la población, una rebelión que recibe ayuda moral y material del exterior. Francia está dispuesta a buscar para las poblaciones argelinas un régimen adecuado, por medio de elecciones totalmente libres. Pero no lo puede hacer la presión del terrorismo, de un terrorismo que hace mucho más víctimas entre los musulmanes que entre los franceses cristianos.

Abandonar Argelia sería no solamente exponer a terribles peligros al millón de argelinos descendientes de franceses, significaría sobre todo volver ese país al caos y a la miseria. Por eso Francia lucha por restablecer el orden y, al mismo tiempo, prepara por medio de una ley de estructura (loi-cadre) una organización administrativa y política que hará posible una rápida evolución de Argelia hacia una total autonomía.

f) Pero hay más: al Sur de Argelia se extiende el inmenso desierto de Sahara y ese desierto aparece hoy como una de las zonas más ricas del globo, con reservas enormes de petróleo, y con muchos recursos indispensables a la producción de energía nuclear. No se trata de satisfacer codicias, se trata, una vez más, de progreso y libertad. El Norte de Africa y el Sahara aparecen hoy como la gran posibilidad de Europa occidental. No solamente Francia, sino todo el occidente europeo, al asociarse con esas regiones, pueden forjar su destino común, sin someterse a los bloques rivales que hoy dominan el mundo. Ese destino común es el de los africanos, marroquíes, árabes argelinos, bereberes argelinos, tunecinos, negros del Senegal, del Gabón, del Congo, tanto como el de los europeos. Por ese destino común, por esa liberación de lo que ya se llama Eurafrica, lucha Francia y no por defender intereses miserables.

Así, en todos los aspectos de su actividad, la Francia de hoy sigue, pues, fiel a lo que parece, en definitiva, constituir la vocación de su pueblo: mejorar la vida sin traicionar al hombre, a la persona humana.

13. — Pero ustedes me dirán, quizás, que olvido un aspecto en el cual Francia no parece rejuvenecida: el de la política. Cómo explicar, en efecto ese apego de los franceses a su régimen parlamentario, donde los ministerios caen como castillos de naipes, esas continuas crisis de gobierno... No pretendo ver en esa inestabilidad un valor positivo. Pero conviene entender lo que pasa.

Diré, pues, en primer lugar, que esa inestabilidad política encuentra su contrapeso en una extraordinaria estabilidad administrativa. El aparato estatal, regional, municipal, no depende en Francia de las crisis de gobierno. Los ministros pasan, pero los funcionarios, los servicios públicos, toda la estructura del país, quedan inmovibles. Y esa solidez asegura la continuidad de la gestión gubernamental. Las crisis ministeriales reflejan solamente la lucha de los partidos, algo numerosos es cierto, pero que tienen cada uno frente a cada problema un programa definido. Cuando el jefe de gobierno no consigue la

mayoría sobre determinada cuestión de política exterior o interior, de política financiera, o agrícola, o educacional, tiene que irse. Es lamentable, en cierto sentido, pero el mal no reviste la gravedad que le conceden observadores superficiales. Los mismos franceses desearían encontrar un régimen político más estable, pero han hecho algunas experiencias, lejanas o cercanas, siempre muy dolorosas, del poder personal. Cuando la vida de la nación pelagra, lo aceptan. Pero en cuanto la amenaza se aleja, lo rechazan.

Podemos notar, finalmente, que a pesar de esa fragilidad ministerial, Francia ha llevado adelante en Europa una política constructiva. El plan Schuman, para la producción y circulación del carbón y del acero, es una iniciativa francesa, primer paso hacia una Europa unida, primer paso seguido por la instauración del mercado común europeo y por la organización económica de Europa occidental. Ideal que, conjugado con la asociación eurafricana que describía hace un momento, permitiría a un amplio sector del mundo forjar un destino mejor.

14. — Esta descripción de Francia no sería completa si no abordara, por fin, un último aspecto, el más elevado de todos, el de la vida espiritual. Se va repitiendo que Francia, hija primogénita de la Iglesia, es hoy un país descristianizado, donde la moral ya no tiene sostén. La verdad es que Francia es, a la vez, un país cristiano y un país laico. La enorme mayoría de los franceses se considera como católica. Pero al mismo tiempo la mayoría de los franceses afirma su apego a la total libertad de las creencias religiosas, a la separación de la Iglesia y del Estado y a la laicidad de la enseñanza. Importa saber si esa situación es o no favorable a la vida religiosa. Contestaré con las cifras oficiales de la Santa Sede. Mientras en toda América latina, desde la frontera de Texas hasta la Tierra del Fuego, el número total de religiosos no alcanza a 20.000, en la pequeña Francia se eleva a 47.000, cifra sobrepasada solamente por Italia con 53.000. Además, en todo el mundo, más del 60 % de los misioneros católicos son franceses. Y no necesito recordar el extraordinario rejuvenecimiento del ca-

tolericismo francés, desde el punto de vista teológico, intelectual y social.

Pero al lado de esos católicos franceses de hoy, obran en un ambiente de completa tolerancia y de fraternal respeto mutuo, protestantes, judíos, musulmanes —porque Francia es también un gran país islámico— y laicos libre pensadores. Difieren de opiniones, de convicciones y de fe, pero los mejores de ellos no difieren ni por la generosidad, ni por la elevación.

15. — Tales me parecen, señores, las características de la Francia de hoy. No pretendo colocar ese pueblo por encima de ningún otro. Cada uno tiene su misión y su vocación. Además, muchos de los rasgos que he señalado, Francia los comparte con otras naciones, sobre todo con naciones europeas. Por eso, quisiera terminar diciendo simplemente que esa vieja Francia y, más ampliamente, esa vieja Europa, a pesar de tantas pruebas, de tantos sufrimientos, y quizás, por esas mismas pruebas, justamente, y por esos mismos sufrimientos, tiene aún mucho que dar a la humanidad.

Asolada por terribles calamidades, amenazada por nuevos flagelos, la vieja Europa afirma que existe una sola salvación y que esa salvación reside en la invencible juventud del espíritu.

REVISTA DE LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA

Año XXXVI :: JULIO - SEPTIEMBRE 1958 :: No. 330

Sumario

EL PASAJE DE LA ECONOMIA DE TIEMPO DE PAZ A UNA ECONOMIA DE GUERRA. PREVISIONES QUE SE CONSIDERAN FUNDAMENTALES. Por el General de División (R.) Jorge A. Giovanelli.	403
LA BATALLA OFENSIVA. Por el Coronel Carlos Jorge Rosas	440
PROTECCION DE FRONTERAS. Por el Teniente Coronel del Ejército Francés François Pierre Badie	503
LA NATO. ORIGENES Y CONTENIDO DEL TRATADO DEL ATLANTICO NORTE. ORGANIZACION DE LA NATO. Por el Teniente Coronel del Ejército Francés Patricio Roger J. L. de Naurois	519
LAS RUTAS MARITIMAS DEL ATLANTICO Y DEL PACIFICO SUR. Por el Capitán de Fragata Jorge Aguirre Urreta	541
FRANCIA Y LA UNION FRANCESA. Por el Profesor Robert Weibel Richard.	552
INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LA ECONOMIA POLITICA. Por el Doctor Lionel G. Desouches	569

La Dirección de la Revista deja a sus colaboradores la entera responsabilidad de las opiniones o juicios vertidos, a cuyo fin, cuando no sean artículos de la Dirección, las colaboraciones aparecerán con el nombre del autor.